

La presencia de una ausencia: Jorge Eliécer Gaitán y las desventuras del populismo en Colombia

Malik Tahar Chaouch

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
(UAEH) México

Resumen

Este texto realiza el retrato del líder político más importante de la primera parte del siglo XX en Colombia, el liberal Jorge Eliécer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948, cuando la Presidencia de la República parecía estar a su alcance. Desde entonces, su fantasma acosó a una Colombia donde la violencia estalló y se mantuvo durante toda la segunda parte del siglo XX, con breves interrupciones. En este contexto, su trayectoria y pensamiento no dejaron de ser objetos de controversias y debates apasionados. El esfuerzo de clarificación conduce a reconocer la filiación populista del político colombiano. Es así como, a pesar de la ausencia de una experiencia populista duradera, el populismo tuvo un impacto central en la historia contemporánea del país andino. Las consecuencias de la presencia de esa ausencia son materia a reflexión sobre el resurgir de los populismos y el estancamiento democrático en la América latina contemporánea.

Palabras claves: Jorge Eliécer Gaitán, Colombia, Bogotazo, La Violencia, Frente Nacional, Partido Liberal, Populismo.

Introducción

Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948) suele ser considerado como el líder político más importante de Colombia en el siglo XX. La historia del siglo se divide en dos: antes y después de Gaitán o, mejor dicho, antes y después de su asesinato. La evocación de ese destino colombiano que marcó el destino de Colombia incluye dos paradojas. La primera: su importancia histórica no resulta sólo de su obra política sino aún más de lo que no pudo realizar. Proclamado jefe único del Partido Liberal colombiano en 1947, Gaitán se preparaba a ser Presidente de la República en la elección de 1950. El caudillo se quedó sin reino y Colombia entró en una espiral de violencia que perduró durante toda la segunda parte del siglo. La segunda: todo retrato de Gaitán inicia con su muerte.

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, N° 22. Segundo semestre de 2009. Págs. 251-262.

El 9 de abril de 1948, la noticia de su asesinato provocó una inmensa y espontánea reacción popular conocida como el Bogotazo¹. En poco tiempo, una multitud se levantó y linchó al presunto asesino, un joven desconocido llamado Juan Roa Sierra, frente al palacio presidencial. La muchedumbre trató de penetrar en el palacio con la intención de matar al Presidente de entonces, el conservador Mariano Ospina Pérez. Después de haber sido rechazados del palacio por el ejército, los insurgentes invadieron las calles de Bogotá, saqueando, incendiando y matando, durante varios días, todos los símbolos –para ellos– del poder oligárquico. Infraestructuras, edificios importantes y monumentos, como las Iglesias, se esfumaron en medio del furor popular. La rebelión se extendió a otras ciudades del país y fue duramente reprimida. En Bogotá, el saldo fue de cientos de muertos y heridos y el centro de la ciudad quedó completamente destruido. Con el Bogotazo se inició una nueva y sangrienta etapa de la historia nacional en Colombia.

Los misterios que rodean el asesinato de Gaitán son aún debatidos con pasión. Algunos defienden la tesis del asesino aislado; otros afirman que Roa Sierra fue el instrumento de una conspiración; y los últimos sostienen que fue un chivo expiatorio designado por los verdaderos asesinos a la muchedumbre. El asunto no es original. En Colombia, existe una larga lista de personajes que han marcado la historia nacional y cuya muerte (siempre brutal) ha sido rodeada de fantasías y misterios, justificados o no. Basta recordar el asesinato irresuelto de otro líder del Partido Liberal (inspirado para Gaitán), Luís Carlos Galán, en 1989; seguido del asesinato del ex-guerrillero del desmovilizado M19 y también candidato a la elección presidencial Carlos Pizarro Leongómez, en 1990; de la muerte de Pablo Escobar en manos de la policía, en 1993, que muchos habitantes de Medellín juran haber visto vivo desde entonces; o de la desaparición respectiva de los hermanos Castaño, fundadores de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), de quienes no faltaron las voces que afirmaron que su supuesta muerte fue un simulacro.

Es un reflejo de la opacidad de los acontecimientos en un país donde la poca transparencia de los actores y de la información vuelve todo sospechoso. Es sobre todo la expresión de la fragmentación de los relatos sobre una violencia indomesticable que se convierte en objeto de interpretaciones contradictorias y discusiones infinitas. En Colombia, la fragmentación del espacio social y nacional es precisamente una de las fuentes reconocidas de la violencia². Gaitán

¹ Cfr. el famoso trabajo de A. Alape, *El Bogotazo: memorias del olvido*, Bogotá, Pluma, 1983. También: H. Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987.

² Cfr. las causas de la violencia atribuidas por Daniel Pécaut a factores nuevos e históricos, entre los cuales la fragmentación del espacio nacional y la débil consolidación del proyecto de nación han sido determinantes: D. Pécaut, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Ed. Planeta, 2001. Ver también en el mismo orden de ideas: V. De CURREA-LUGO, “Un intento por explicar la violencia

fue la esperanza, justificada o no, de una mayor integración popular al proyecto político de la nación colombiana. Las elites liberales y conservadoras trataron de hacerlo olvidar, pero, durante todo lo que quedó de siglo, su fantasma acosó a una Colombia donde la esperanza dio paso a la violencia. Colombia fue el contra-ejemplo de los países que tuvieron importantes experiencias nacional-populistas, como Argentina, Brasil, México y, en los Andes, Perú y Bolivia. No obstante y, en particular a través de la herencia gaitanista, el populismo no fue menos determinante en Colombia que en otras partes de América latina: reinó con y por su ausencia.

Biografía de un caudillo que no reinó nunca

Si bien no pertenecía a los sectores más subalternos y marginados de la sociedad colombiana, el interés político de Gaitán por la causa popular y la justicia social se expresó desde el principio de su carrera política³. Su lugar y su fecha de nacimiento son, como su muerte, asuntos controversiales. Algunos ubican el lugar en Cucunubá, dentro del departamento de Cundinamarca, vecino del Distrito Capital. Otros afirman que nació en el barrio popular de Las Cruces, en Bogotá. La fecha es, según las versiones, 1898 (la más probable) o 1903. En todo caso, su familia se fue a vivir a un barrio humilde de la capital, debido a problemas económicos. Sin embargo, no era tampoco una familia de clase baja. Sus padres tenían el nivel educativo de una clase media colombiana de la época. Su padre, simpatizante de los liberales radicales, tenía una librería de venta de libros viejos. Su madre era maestra de escuela. A pesar de las dificultades económicas de la familia, Gaitán estudió en el colegio Simón Araujo, donde iban los hijos de liberales con cierta comodidad social. Como suele ser costumbre en la clase política colombiana, el futuro candidato a la Presidencia realizó después estudios de derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia, entre 1920 y 1924. Se tituló como abogado con una tesis, cuyo nombre *Las ideas socialistas en Colombia* fue el mejor testimonio de sus preocupaciones políticas de entonces⁴. En 1926, se fue a estudiar en la Real Universidad de Roma, donde tuvo su doctorado en jurisprudencia, en 1928.

en Colombia: ¿y si no somos nación?", in *Colombia: violencia social y conflicto político*, Revista de Ciencias Sociales n° 23, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 17-27.

³ Cfr. biografías sobre su trayectoria como político y pensador político: J. Ortiz, *El hombre que fue un pueblo*, Bogotá, Ed. Carlos Valencia, 1980. J.A. Osorio, *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia*, Bogotá, Ed. Carlos Valencia, 1982. D. Moreno, *Trayectoria del pensamiento político de Gaitán*, Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1983. W. Briceño, *Gaitán después de medio siglo*, Caracas, Fundación latinoamericana Jorge Eliécer Gaitán, 2000.

⁴ J.E. Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia*, Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1984.

Su activismo político había sido precoz y, junto con su carrera, le permitió ubicarse entre las elites del Partido Liberal. En 1919, el joven liberal participó en las protestas reprimidas en contra del presidente Marco Fidel Suárez, el cual había pedido fuera del país la compra de uniformes para festejar el centenario de la batalla de Boyacá; sello de la independencia colombiana. Su activismo, durante los años de universidad, llamó la atención del candidato liberal a la elección presidencial de 1922, Benjamín Herrera. El reconocimiento posibilitó su elección como diputado liberal de la Asamblea de Cundinamarca para el periodo de 1924 a 1925. De regreso a Colombia de sus estudios europeos, fue elegido en la Cámara de Representantes en 1929. Justo antes, el 5 de diciembre de 1928, había ocurrido una matanza perpetrada por la “*United Fruit Company*” en contra de trabajadores de la empresa bananera; relatado en *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez⁵. La prensa no mencionó el acontecimiento. Es entonces cuando Gaitán alcanzó la fama nacional y empezó a ser visto como el “tribuno del pueblo”. Como abogado y fiscal del Ministerio Público, denunció el crimen y asumió la defensa de los obreros presos y de las familias de las víctimas. En la Cámara, lanzó un debate que hizo conocer los hechos a nivel nacional, debilitó el gobierno conservador y desembocó en una victoria jurídica a favor de los obreros liberados y de las familias de los desaparecidos. En 1931, ante las repercusiones de esa batalla jurídico-política, fue nombrado Presidente de la Cámara de Representantes y Presidente de la Dirección Nacional Liberal, durante el gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera, elegido en 1930.

Aún integrante de las elites liberales, Gaitán representaba al ala izquierda del partido. La política del gobierno de Olaya Herrera lo decepcionó. Las propuestas de reforma constitucional y social de los liberales radicales fueron rechazadas por el gobierno. A partir de ese momento, la ambición mayor de Gaitán consistió en romper con el bipartidismo y la hegemonía de los dos grandes partidos históricos: conservador y liberal. En numerosos discursos, el líder político denunció el control de la “oligarquía” tanto sobre el partido conservador como sobre el oficialismo liberal. Desde entonces, Gaitán buscó construir una tercera fuerza política en un contexto latinoamericano precisamente marcado, en los 30’s del siglo pasado, por la emergencia de líderes y movimientos populistas en toda la región. Era la época de auge de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) de Haya de la Torre, fundada en 1924. En 1932, el propio Gaitán había viajado en varios países latinoamericanos, conociendo por ejemplo los primeros años de la “institucionalización” de la revolución mexicana. Poco después, en 1933, el ex-líder liberal fundó su propio partido, con Carlos Arango Vélez: la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR).

⁵ G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1967.

La tentativa de Gaitán para emanciparse del Partido Liberal fracasó y, en 1935, volvió a las filas liberales. La fuerza de atracción del bipartidismo lo hizo renunciar a impulsar una fuerza política autónoma del liberalismo. Sin embargo, su proyecto político fundamental no se modificó. Alcalde de Bogotá, en 1936, implementó reformas sociales significativas, pero tuvo que renunciar después de ocho meses ante una huelga de taxistas que no aceptaron su plan de uniformarlos. Magistrado de la Corte Suprema, en 1939, regresó a la vida pública, siendo Ministro de Educación, en 1940. Promotor de una campaña de alfabetización, de la extensión de la cultura hacia las masas y de iniciativas como el zapato escolar gratuito y el restaurante escolar, su proyecto de refundación de la educación nacional no tuvo la aprobación de los legisladores. Senador por el departamento de Nariño, en 1942, y Ministro de Trabajo entre 1943 y 1944, Gaitán hizo entonces una segunda tentativa para lograr dentro del partido lo que no había podido lograr fuera. En 1944, lanzó su candidatura a la elección presidencial y consiguió movilizar un movimiento de masas dentro de las clases baja y media. La dirigencia del Partido Liberal obstaculizó su candidatura. Ante la división del partido, el candidato conservador, Mariano Ospina Pérez, puso fin a dieciséis años de República liberal, en 1946. El año siguiente, Gaitán se aseguró el apoyo de su partido para la próxima elección e inició su gran marcha hacia el poder presidencial, interrumpida trágicamente por su asesinato.

El fantasma del caudillo

La interpretación de la trayectoria y del pensamiento político de Gaitán genera debates recurrentes porque fueron profundamente ambiguos. Él se ubicó, a la vez, dentro del sistema político vigente y en oposición a él. Desde sus años de colegio, compartió la misma escuela que los hijos de la elite liberal, siendo de origen más humilde. No rompió, sino poco tiempo, con el liberalismo, pero se mostró severamente crítico con el oficialismo y consiguió levantar un amplio movimiento en su contra, incluso estando dentro del partido. Las elites del partido frenaron muchas de sus iniciativas, lo que lo llevó a insistir a favor de una ruptura, pero no dejaba de pertenecer a esas elites entre las cuales no estaba tan aislado, como lo demuestran sus cargos. Brillante orador, logró levantar un movimiento de masas sin equivalente en la historia de Colombia. Ese movimiento estaba identificado con el liberalismo, sin dejar de constituir una disidencia dentro del partido. El conjunto del liberalismo fue aspirado por él, siendo también retado por su radicalismo. Probablemente no se habría podido levantar un movimiento de esa amplitud fuera del partido. La profunda herencia histórica del conflicto entre liberales y conservadores, así como el monopolio alcanzado por el bipartidismo impedían una ruptura, por razones

simbólicas y tácticas. Saliendo del liberalismo, Gaitán se aislaba. Al mismo tiempo y paradójicamente, la capacidad de movilización popular de Gaitán se explica por la subversión de la división tradicional entre liberales y conservadores, es decir, por su ambición de constituir una nueva fuerza política. La poderosa evocación del “pueblo”, es decir, del país real en contra de sus elites y del país oficial, fue un arma político decisivo, sin que Gaitán se salga nunca de una estrategia legalista.

Sus discursos lo reflejan muy bien. En un discurso famoso pronunciado, en mayo de 1946, sobre los partidos políticos en Colombia, el líder liberal condenó juntos los “oligarcas” conservadores y liberales:

“Los oligarcas conservadores colaboraron con todas las corrupciones de los oligarcas liberales que nosotros criticamos, se enriquecieron con el mismo dinero, hicieron los mismos contratos, no tienen autoridad moral porque se hallan hermanados por el hecho de la especulación de las mismas acciones. Asistieron a las mismas juntas directivas, estuvieron de acuerdo con las mismas iniquidades y ahora la casta cesante de los otros oligarcas quiere tomar también su asiento para hacer dentro del partido conservador lo que los oligarcas hicieron en su puesto y... con nuestro partido y en nuestro gobierno.”

Inmediatamente después, reconoció la unidad del “pueblo” ante los “oligarcas”:

“No encuentro la diferencia que haya entre el paludismo de los campesinos liberales y el paludismo de los conservadores. No encuentro la diferencia que exista entre el analfabeta liberal y el analfabeta conservador. No encuentro la diferencia entre esas inmensas masas colombianas que se ven un día sometidas al cacique que se llama mentirosamente liberal y las oprime y les pone la botella de aguardiente cuando no dan el voto por él para seguirles el proceso y meterlos en la cárcel el día siguiente de su rebelión.”

Finalmente, lanzó los dos gritos que inmortalizaron su campaña política:

“¡Pueblo! Por la restauración moral, ¡a la carga! ¡Pueblo! Contra la oligarquía, ¡a la carga!”⁶

Gaitán había reafirmado su identidad liberal, denunciando la desviación de los principios del partido por los “oligarcas”. Al mismo tiempo, había proclamado la unidad del pueblo – liberal o conservador – en contra de los “oligarcas” de ambos partidos. La idea de una “tercera fuerza” singularizaba claramente su discurso político.

La oposición así construida entre el “pueblo” y los “oligarcas” estuvo omnipresente en los discursos políticos de las izquierdas de la segunda parte del siglo XX en Colombia. Sin embargo, el asesinato de Gaitán tuvo como primera consecuencia la reactivación del conflicto armado entre liberales y conservadores. Justo después, estalló una guerra civil llamada “La Violencia”

⁶ <http://www.analitica.com/bitblo/gaitan/partidos.asp>

que provocó más de doscientos mil muertos⁷. El presidente Ospina Pérez se mantuvo a la cabeza del gobierno hasta 1950, pero no pudo evitar el enfrentamiento bipartidista. Los liberales no se presentaron en las elecciones de 1950 y algunos de ellos se replegaron en el campo donde formaron grupos armados ubicados en las fronteras del bandidismo y de la acción política. Esos grupos entraron en guerra con milicias organizadas por propietarios y dirigentes conservadores. En 1953, el general Gustavo Rojas Pinilla asumió la Presidencia, después de un golpe de Estado, y logró la desmovilización de guerrillas liberales con una amnistía; lo que disminuyó efectivamente la violencia y, en cierta medida, puso fin a la guerra civil. A pesar de ello, no todos los grupos liberales se desmovilizaron y algunos fundaron “zonas liberadas” con el apoyo del Partido Comunista Colombiano. La presidencia de cuatro años de Rojas Pinilla fue la única experiencia de gobierno de tipo populista del siglo XX en Colombia. Rojas Pinilla formó el partido de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) fuera del bipartidismo.

Los dirigentes de los dos partidos tradicionales se unieron en su contra y, en 1956, llegaron a un pacto llamado el “Frente Nacional”⁸. Con ese pacto, los dos partidos se repartían los cargos de la burocracia y se turnaban en el gobierno. Después de la caída de Rojas Pinilla, en 1957, el Frente Nacional se llevó a la práctica, a partir de 1958, dando lugar a dos presidencias liberales y dos conservadoras. El pacto puso definitivamente fin a la violencia bipartidista, pero fue considerado como una traición por los liberales radicales. Estos últimos siguieron en la clandestinidad, denunciando la dominación de la “oligarquía bipartidista” sobre un sistema político cerrado. En el departamento de Tolima, la “zona liberada” de Marquetalia se había convertido en refugio de campesinos y guerrilleros liberales y comunistas. En 1962, el gobierno conservador, preocupado por la existencia de las llamadas “Repúblicas independientes” lanzó una campaña de ofensivas militares en su contra. El ataque militar masivo no logró poner fin a la organización de los insurgentes de Marquetalia y desembocó en la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en 1964⁹. Estas últimas adoptaron rápidamente el marxismo-leninismo como ideología oficial. Si bien el partido comunista fue activo en la creación de las FARC, la filiación liberal del grupo armado es evidente. Las FARC y otras guerrillas denunciaron siempre el “fascismo” de la “oligarquía bipartidista”, retomando algunos de los elementos heredados del proyecto gaitanista de una “tercera fuerza”, ya fuera del sistema político y no desde adentro. En contra-

⁷ Cfr. D. Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia” in *Análisis Político*, n°30, Bogotá, IEPRI – Universidad Nacional de Colombia, 1996, pp. 3-36.

⁸ Cfr. J.J. Cañon, “Pactos políticos y democratización en Colombia” in *Politeia*, n°14, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, 1990, pp. 445-472.

⁹ Cfr. el testimonio del principal ideólogo de las FARC: J. Arenas, *diario de la resistencia de Marquetalia*, [s.l.], Ed. Abejón Mono, 1972.

parte, Gaitán se mantuvo como un punto de referencia para ciertos dirigentes y militantes del partido liberal, así como de izquierdas no armadas (hoy el Polo Democrático).

En este sentido, la lucha para apropiarse su herencia fue constante. La mitología revolucionaria construida en torno a la figura de Gaitán planteó, en particular, la pregunta de saber si fue socialista o no. Es otra ambigüedad de su discurso político. En la amplia literatura gris escrita en torno a su persona, se argumenta a menudo que no se declaró “socialista” por razones tácticas, pero que tuvo, desde el principio, un interés por el socialismo, constitutivo de su proyecto político. En realidad, el pensamiento de Gaitán no era muy distinto de otros muchos líderes populistas de la región. Su retórica revolucionaria se basaba en la defensa antiimperialista de la soberanía nacional y la lucha en contra de los privilegios denunciados de la oligarquía. Esta última designaba a la minoría política y económica dominante del país; con una cierta imprecisión sociológica, pero una gran eficacia política. Entre el proyecto político de Gaitán y la ola revolucionaria de los 60’s del siglo pasado existen diferencias fundamentales. Las guerrillas vanguardistas y movimientos revolucionarios de los 60’s inspirados por la revolución cubana buscaban una ruptura “estructural” con una dominación definida –en términos marxista-leninistas– como imperialista y capitalista¹⁰. El programa de Gaitán no era estrictamente anticapitalista; se trataba de concluir el proceso de edificación de la nación a través del reformismo social y de la integración de las masas obreras y campesinas a una modernización llevada a cabo desde adentro por el Estado. El imperativo de la identificación entre el pueblo y la nación, es decir, de la construcción de una identidad colectiva predominaba sobre los objetivos de una revolución social¹¹. La muy famosa exclamación de Gaitán hoy plasmada en los billetes de 1000 pesos en Colombia –“Yo no soy un hombre, soy un pueblo. El pueblo es superior a sus dirigentes.”– le daba todas las características de un caudillo populista con ambición de ser la encarnación de la voluntad popular. Gaitán

¹⁰ Cfr. el mito “nacional-revolucionario” tal como lo plantea A. Touraine, *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*, Paris, Odile Jacob, 1988, pp. 141-142 : « Selon ce mythe, l’intégration nationale doit se former à travers la lutte anti-impérialiste, lutte qui à son tour s’identifie à la lutte des classes anticapitaliste. On l’a déjà dit : l’intégration faible des luttes sociales et des luttes nationales en Amérique latine s’oppose à la fusion forte, totale, de ces deux types de luttes dans l’idéologie marxiste-léniniste et dans les régimes postrévolutionnaires qui s’inspirent de cette idéologie. C’est pourquoi le mythe national-révolutionnaire, souvent réinterprété en termes latino-américains, exerce une telle attraction sur les intellectuels. Classe et nation n’apparaissent plus alors que comme les deux faces du même acteur des luttes de libération. Mais c’est parce que cette fusion n’est pas réalisée pratiquement qu’elle est proclamée idéologiquement ou plutôt mythiquement. ».

¹¹ Cfr. algo común a los nacional-populismos, según Touraine: *Ibid.*, p. 167. Un texto clásico y otro sintético sobre el tema: O. Ianni, *La formación del Estado populista en América latina*, México, Era, 1984. M.M. Mackinnon, M.A. Petrone, (comp.), *Populismo y neopopulismo en América latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

no representaba al pueblo; Gaitán era el pueblo. Por cierto existen diferencias profundas entre Gaitán y otros líderes populistas de la región. Casi todos –Domingo Perón (Argentina), Getulio Vargas (Brasil), Juan Velasco Alvarado (Perú) e incluso Lázaro Cárdenas (México)– eran militares activos en la política; Gaitán pertenecía a una tradición civil, constitucionalista y legalista. No obstante, el populismo y los principios de la democracia representativa no son muy compatibles.

La diferencia ideológica entre las guerrillas colombianas de los 60's del siglo pasado, como las FARC y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y el movimiento gaitanista no permite asimilarlos. En el contexto colombiano, existe una filiación política entre el segundo y las primeras, debida al rechazo del pacto bipartidista y a la afirmación de una “tercera fuerza” de ruptura con el sistema político. No obstante, la trayectoria de la ola revolucionaria de los 60's en América latina fue muy distinta de la ola populista de los 30's y 40's. Las guerrillas adoptaron el discurso de la vía revolucionaria hacia el socialismo. El gaitanismo era más representativo de la ideología de la “revolución nacional”, es decir, de la búsqueda una “tercera vía” propiamente latinoamericana de modernización, apoyada en las masas. La revolución cubana rompió precisamente con esa ideología: de la tercera vía al socialismo; de la revolución de masas al vanguardismo; y de la integración popular a la revolución social. Las guerrillas vanguardistas no tuvieron, de hecho, el monopolio del rechazo del bipartidismo. El 19 de abril de 1970, Rojas Pinilla se presentó en contra del candidato del “Frente Nacional”, Misael Pastrana Borrero. La derrota del ex-dictador populista y las acusaciones de fraude dieron nacimiento a otro movimiento guerrillero, el M19, el mismo año. Otro caudillo, él de origen militar y el autor del único golpe de Estado durante el siglo XX colombiano, había sido derrota por el bipartidismo.

En síntesis, el “presentismo” de las reapropiaciones de Gaitán debe ser sistemáticamente cuestionado. En el gaitanismo, el imaginario revolucionario tenía más relación con la revolución francesa y, sobre todo, con la revolución mexicana que con la revolución rusa. Aún cuando la revolución mexicana no haya sido un proceso homogéneo (es una construcción *a posteriori*), se encuentran reivindicaciones muy parecidas en torno a los derechos sociales de las masas, a la reforma agraria y a mayores garantías constitucionales. Tanto la revolución mexicana como el movimiento movilizad por Gaitán significaron la irrupción imaginaria y real del “pueblo” en la escena política nacional. En ambos casos, la rebelión degeneró en bandolerismo y luchas de poder entre caciques. Con la “institucionalización” de la revolución mexicana, la democracia no prosperó, ni triunfaron todos los ideales de la revolución, pero se logró una cierta cohesión nacional basada en una relativa integración y eficaz cooptación de las masas. En Colombia, se impuso una democracia de alternancia entre los

dos partidos históricos, pero fue una democracia excluyente que desembocó en escenarios de conflicto armado dentro de un espacio nacional fragmentado. El historiador Marco Palacios atribuyó una de las causas de la violencia social y política del país a la experiencia fallida del populismo¹². Nadie podrá saber nunca lo que habría ocurrido con Gaitán en la Presidencia de la República; se sabe lo que pasó en su ausencia. La paradoja colombiana es haber sido el país más “legalista” de América latina en el siglo XX, con una estabilidad y continuidad constitucional asombrosas, y, a la vez, el símbolo del colapso nacional y de la violencia en la región.

Reconocer el impacto del fracaso del populismo en la estrechez del pacto democrático y en la debilidad de la consolidación del proyecto de nación en Colombia no conduce necesariamente al elogio del populismo. Países con un pasado populista han experimentado y experimentan fases de violencia y procesos de descomposición nacional, incluso desde las democratizaciones. En un ensayo reciente, Ernesto Laclau rechazó la asimilación del populismo a la irracionalidad de las masas, otorgándole una racionalidad e incluso una virtud política en la construcción de identidades colectivas y movimientos populares generados por los múltiples antagonismos de la estructura social¹³. Esa apología del populismo podrá parecer excesiva, tanto por el carácter ilusorio del cambio propuesto como por sus tendencias autoritarias. Los apologistas y enemigos del populismo sobrestiman a menudo su valor de ruptura. Sin embargo, los espejismos populistas se nutren precisamente de las falsas promesas de democracias sin integración popular, ni procesos efectivos de ciudadanía. En otras palabras, no es tanto que el populismo haga falta, sino que hacen falta democracias y demócratas más preocupados por su propia vocación democrática y social que por satanizarlo. La racionalidad paradójica del populismo y las paradojas de una razón ciega ante la realidad son los dos lados de una misma moneda.

Conclusión

Con Venezuela y Costa Rica, Colombia fue una de las pocas democracias constitucionales duraderas de la segunda parte del siglo XX en América latina. A diferencia de muchos otros países de Sudamérica, no ha habido dictadura militar en Colombia, las fuerzas armadas siendo domesticadas por el pacto bipartidista. El país no conoció tampoco una experiencia populista de largo aliento, pero su historia reciente fue condicionada por la presencia de su ausencia. Durante la Guerra Fría, la diferencia entre las izquierdas revolucionarias

¹² M. Palacios, “Presencia y ausencia del populismo: un contrapunto colombo-venezolano” in *Análisis político*, n°39, Bogotá, IEPRI – Universidad Nacional de Colombia, 2000, pp. 33-54.

¹³ E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

y los populismos era un asunto aparentemente entendido. Hoy se asiste al resurgir de líderes y movimientos neopopulistas y neorevolucionarios, entre los cuales las fronteras se han vuelto borrosas, revelando su matriz común. El acercamiento actual entre un Fidel Castro y un Hugo Chávez puede sorprender, pero, en últimas, es la mejor prueba de lo relativo de la ruptura proclamada por los movimientos revolucionarios de los 60's y de las continuidades de la cultura caudillista en la región. En todo caso, ese resurgir es, en otras cosas, el producto de las frustraciones de procesos de democratización que no han respondido a las expectativas del cambio político y social prometido. La ceguera de elites políticas sordas a las demandas populares alimenta los nuevos populismos y, con o sin ellos, la violencia. En este sentido, la presencia-ausencia de Gaitán constituye una lección colombiana de la historia para toda América latina. La estabilidad democrática no es necesariamente sinónimo de paz civil y progreso colectivo. Gaitán fue el héroe trágico de la tragedia colombiana y también un héroe típicamente latinoamericano.

Referencias

- A. Alape, *El Bogotazo: memorias del olvido*, Bogotá, Pluma, 1983.
- J. Arenas, *diario de la resistencia de Marquetalia*, [s.l.], Ed. Abejón Mono, 1972.
- H. Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- W. Briceño, *Gaitán después de medio siglo*, Caracas, Fundación latinoamericana Jorge Eliécer Gaitán, 2000.
- J.J. Cañon, "Pactos políticos y democratización en Colombia" in *Politeia*, n°14, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, 1990, pp. 445-472.
- V. De CURREA-LUGO, "Un intento por explicar la violencia en Colombia: ¿y si no somos nación?", in *Colombia: violencia social y conflicto político*, Revista de Ciencias Sociales n°23, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 17-27.
- J.E. Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia*, Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1984.
- G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1967.
- O. Ianni, *La formación del Estado populista en América latina*, México, Era, 1984.
- E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.
- M.M. Mackinnon, M.A. Petrone, (comp.), *Populismo y neopopulismo en América latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- D. Moreno, *Trayectoria del pensamiento político de Gaitán*, Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1983.

- J. Ortiz, *El hombre que fue un pueblo*, Bogotá, Ed. Carlos Valencia, 1980.
- J.A. Osorio, *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia*, Bogotá, Ed. Carlos Valencia, 1982.
- M. Palacios, “Presencia y ausencia del populismo: un contrapunto colombo-venezolano” in *Análisis político*, n°39, Bogotá, IEPRI – Universidad Nacional de Colombia, 2000, pp. 33-54.
- D. Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia” in *Análisis Político*, n°30, Bogotá, IEPRI – Universidad Nacional de Colombia, 1996, pp. 3-36.
- D. Pécaut, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Ed. Planeta, 2001.
- A. Touraine, *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*, Paris, Odile Jacob, 1988.
- Discurso de Jorge Eliécer Gaitán sobre “Los partidos políticos en Colombia”, mayo de 1946:
<http://www.analitica.com/bitblbio/gaitan/partidos.asp>